

Silas

Damaris Álvarez



Capítulo 1



Silas

Mis ojos se abrieron de repente y pude ver la lámpara de mi madre que descansaba en el mueble de un costado de la cama. Me puse boca arriba e intenté recuperar el aliento mientras miraba las pequeñas figuras egipcias que se movían por la mampara color arena. Estiré la mano y apagué la lámpara que, pese a los años, seguía funcionando de maravilla. Era como si mi madre estuviera a mi lado, mirando cada movimiento que hacía. Sinceramente esperaba que no.

Me puse de pie y fui directamente al baño, me quedé impasible frente al espejo mirando la figura que se presentaba frente a mí, los tonos violetas y marrones se distribuían por la delgada piel que rodeaba mi ojo. Pero en ese momento era lo que menos me preocupaba, de inmediato las imágenes del sueño que acababa de tener me abordaron como una bala.

Recordé que era un día de verano, muy caluroso por estar cerca del trópico, tenía nueve años y crucé el umbral de la puerta, regresaba de ir por un jugo, realmente me sentía sediento. Podía notar que la vida se le había marchado casi por completo de la mirada, al mirarme me sonrió, pese a que en ocasiones le sangraban un poco los labios, la última quimioterapia intensa le causó reacciones severas. Me dijo que eso significaba una cosa: iba a morir pronto y teníamos que estar preparados.

Se movía con insistencia bajo las delgadas cobijas del hospital y pese a decir que todo estaba bien, mi padre y yo nos mirábamos comprendiéndolo todo, tal vez no quería hacerme sentir mal, como mi madre debía protegerme, teniendo nueve años había cosas que no podía comprender.

–Silas, ven. Quiero que me abracés –dijo con dificultades y me acerqué hasta la orilla de la cama. Acomodó los mechones de mi cabello y sonrió

levemente-. Tendrás que ir pronto a que te corten el cabello...

-Siempre lo cortas tú -dije alzando un hombro.

-Silas... -susurró mi padre a mis espaldas.

Mi madre lo miro amorosamente y nos sonrió con dulzura.

Las lágrimas rodaron por mis mejillas casi sin darme cuenta, tenía mucho tiempo sin verla en mis sueños, pero seguro estaría enojada por lo que había hecho, esperaba que no tuviera manera de enterarse.

Me puse la misma playera del día anterior y me apresuré para ir a la escuela. No era algo que deseaba, era más tentador quedarse y tocar los instrumentos todo el día, estaba seguro que podía inventarme una nueva melodía. Solamente así podía sacármelas de la cabeza, ya no quería ver las imágenes de mi madre moribunda y tener a...

No sabía lo difícil que era pensar en ella, la manera que tenía de sonreír, su imperiosa necesidad de negarse a comer chocolate y esas maneras que teníamos de reírnos de los demás, no sé por qué tuve que arruinarlo. Pensar en ella era incluso más doloroso que pensar en mi madre. Me pasé las manos por la cabeza varias veces, tenía que acostumbrarme a llevarlo rapado, solté un profundo suspiro antes de tomar mi mochila. Mi padre se encontraba tomando café mientras leía el periódico, enarcó una ceja y me miró sorprendido.

-¿Qué te pasó? -dijo mientras me miraba con atención.

-Tuve una pelea con Joan -dije alzando los hombros y sacudí la cabeza levemente.

-Podría ir a...

-No -interrumpí de inmediato, no quería que mi padre pusiera en juego la poca dignidad que me quedaba. Si hubiera sabido todo lo que hice, seguro que se encargaba de ponerme el otro ojo morado. Tomé una manzana y salí de ahí antes de que pudiera decirme algo más.

Conduje la motocicleta con mucho cuidado, pero sin quererlo, las imágenes de mi madre y de ella me invadieron durante todo el camino, las manos me sudaban a chorros cuando llegué al estacionamiento de la escuela. Algunos me miraron como si fuera un bicho raro, llevaba el cabello rapado desde algunos meses atrás y parecía que todavía no se acostumbraban, yo incluido.

Crucé el estacionamiento y parte del patio principal para ir a clase y, sin querer, ahí la vi. Iba acompañada de Joan, me obligué a detenerme, el

último año la estuve evitando hasta que me di cuenta que ya no podía más. Sonreía a ese idiota con tanta sinceridad que deseaba estar en su lugar, que me mirara de la misma manera. Decidí pues, hablar con ella, ya no me importaba nada más, tenía que hacerlo. Joan podía irse por un caño, podía decirme lo que quisiera, ella me había besado y eso me hacía saber que aún sentía algo por mí.

Seguro comprendía que todos tenemos errores. Pasé un tiempo intentando aprender a vivir con lo que había hecho; la mirada de Joan me hizo salir de mis pensamientos y pude notar la severidad que guardaba, lo comprendí de inmediato, si alguien se hubiera atrevido a hacer lo mismo...

–Hey –Mike me golpeó la espalda y me quejé un poco.

–¿Qué ocurre? –dije mirándolo fugazmente, me llevé la manzana a la boca y me miró molesto. Oh no, aquí íbamos de nuevo.

–No estarás pensando en acercarte de nuevo a ella –se enderezó un poco y agaché la mirada, no tenía ánimos de pelear más, ya no.

–Quiero disculparme por lo que hice –dije y resopló–. En serio –su expresión fue calmándose un poco.

–La pasó muy mal –dijo lanzando un suspiro.

–Lo sé –no esperaba que lo comprendiera, ni siquiera tenía ánimos de decirle que también la había pasado mal. Tal vez, podía tomar todo como un pretexto, como una manera de disculpar todo lo que hice.

La imagen de Silas del pasado me abordó sin querer. Un Silas inmaduro que actuó sin pensar en las consecuencias, un cobarde que hizo lo que hizo para sentirse más fuerte y menos miedoso.

–Te ayudaré –dijo para mi sorpresa y lo miré–, no te prometo nada, pero al finalizar la primera clase, espera afuera del salón, yo me llevaré a Joan para que puedas hablar con ella.

–Gracias –dije con dificultades y asintió levemente antes de irse, me apresuré o el maestro de física no iba a dejarme pasar al laboratorio, era un hombre pretencioso que buscaba el mínimo pretexto para reprobarte.

Afortunadamente no había llegado, fui a mi sitio y esperé a que los demás se acercaran, tenía la esperanza de que hicieran todo, no tenía ganas de pensar o de poner atención, deseaba ir por ella de una buena vez, decirle lo que había sentido durante todo el tiempo que pasó y esperar que

tuviera ganas de perdonarme.

El recuerdo de la calidez de sus labios me llevó de nuevo a ese día...

Era el cumpleaños de Mike, unos amigos y yo nos encargamos de las luces y la música, cuando terminamos, salí a esperarla y la vi acercándose con ese lindo vestido azul. Al mirarme sonrió con aquella timidez que me hizo perder el aliento de inmediato, pero sabía lo que tenía que hacer ese día. El plan estaba trazado desde el día que me acerqué a hablar con ella por primera vez. Aunque emanaba una energía pura e inocente, tenía que saber si Joan ya la había poseído, no era posible que él pudiera tenerlas a todas; al menos no a ella. Se acercó sonriente y me besó la barbilla, la rodeé con los brazos y ella se puso a jugar con una de mis largas rastas, me miraba de vez en vez de manera tímida y estuve a punto de largarme de ahí con ella.

«-Sabías lo que teníamos que hacer desde el principio, tú te ofreciste al mirarla en la cafetería con esa revista -la voz de ese idiota hacía un eco en mi cabeza.»

Pasamos la mayor parte de la fiesta tomando cerveza y mirando a Mike bailar en medio de todos, a ese tipo sí que le gustaba que lo miraran. Ella se encontraba evidentemente ebria y era el momento para actuar. Pidió ir al baño y sabía que confiaba lo suficiente para aceptar ir a una de las habitaciones del segundo piso. Entró con urgencia al baño y miré por la ventana a todos lo que ahí se encontraban. Joan platicaba con una chica, cómo no, seguro que sería su conquista de la semana.

Mi móvil sonó y era un mensaje de ese idiota, decía que todo estaba listo y que era el momento de actuar, no quería hacerlo, aún estaba a tiempo de parar...

-¿Seguro que podrás hacerlo? -me miraba sorprendida y no tenía idea de lo que me estaba hablando.

-¿Qué? -me rasqué la cabeza y sonrió con fuerza.

-Pasar en limpio la práctica -sacudió las hojas frente a mi rostro y puso los ojos en blanco.

-Por supuesto -dije con velocidad y me apresuré a meterlas en mi cuaderno, era increíble que la clase ya había terminado-. Gracias por cubrirme...

-Noté que estabas en marte cuando teníamos que ir por el material, le dije a los demás que te dejáramos en paz a cambio de que pasaras todo en limpio -sonrió de manera coqueta y sonó mi móvil. Se trataba de un

mensaje de Mike, era momento.

–Lo haré, lo prometo, pero ahora debo irme...

Asintió levemente y fui corriendo al edificio en el que se encontraba su salón, seguro que faltaban unos cinco minutos para que terminara su clase, al llegar al tercer piso me recargué en el barandal para recuperar el aliento y mirar el pasillo.

Las imágenes del pasado volvieron a abordarme.

–Se han vuelto locos –dijo mirando por la ventana, las imágenes comenzaron a ponerse borrosas, el corazón comenzó a latir con velocidad y ella me miró, de un momento a otro ya me encontraba besándola, la urgencia se apoderó de mi cuerpo, comencé a recorrer su piel con mis manos y mi boca, pese al leve temblor de su cuerpo, no podía detenerme.

La recosté en la cama y deslicé su ropa lejos de su cuerpo, lucía perfecta y hermosa, tímida y sedienta, con su cuerpo un poco añorado listo para mí. Hice caso a mis desordenadas pasiones y me desnudé frente a ella, apenas y se atrevió a mirarme, me acerqué y la envolví de una manera macabra, me dijo que le dolía y la tranquilicé haciéndolo más despacio, su cuerpo era como agua para un sediento, vida para un moribundo y por un momento, me olvidé de lo que hacía, comencé a disfrutar moverme dentro de su cuerpo, nuestros cuerpos se movieron con sincronía y me perdí en su mirada. En una expresión que no comprendí hasta pasado un tiempo, al mirarla en mis recuerdos.

–Joan hará lo mismo contigo, solamente le interesas porque te haces la difícil –dijo una chica en tono brusco, me giré y noté que la puerta ya se había abierto–. No creas que no sabemos todos, la clase de zorra que eres. Cuando consiga hacer lo que Silas te hizo, va a botarte como una basura.

Bajé la mirada y de inmediato pensé que era mala idea hablar con ella.

–¿Vienes a molestar? –se acercó amenazante apretando las mandíbulas, lo miré y no supe qué decir.

–Joan... –Mike se acercó velozmente y lo arrastró lejos, me miró con complicidad y asentí levemente.

–Quiero hablar con ella –dije y ella se cubrió el rostro.

–Cómo no, pedazo de idiota –me gritó tratando de acercarse. Mike se lo llevó tras mirarla fugazmente. Era la única oportunidad que tenía para

solucionar las cosas.

–¿Puedo hablar contigo? –dije y asintió levemente, tenía que terminar con esto-. ¿Nuestro lugar?

–Claro... –dijo soltando un suspiro y sonreí para mis adentros.

De camino a nuestro sitio recordé algo casi sin querer.

–No puedo creer que no te gustan los videojuegos –dije sonriendo.

–Llevas varios días con lo mismo, comienzo a creer que es el único tema del que conoces y, por eso insistes tanto –dijo tratando de no reír.

Miraba las nubes que avanzaban lentamente por el cielo, el viento movía su cabello con lentitud y me hacía sentir un vuelco en el pecho, pese a su miedo a las alturas, siempre aceptó venir a la vieja y no terminada torre de astronomía, aquí podíamos pasar tiempo platicando de cualquier cosa, aquí podía olvidar el tema de mi madre, su imagen enferma se disipaba un poco al estar con ella. No tenía que pensar en la razón de hablarle y conquistarla, éramos simplemente los dos, lejos del mundo y las obligaciones de la escuela.

–¿Qué decías que era esto? –dijo nerviosa asomándose por la orilla.

–Iban a hacer una torre para el grupo de astronomía o algo así, la construcción se detuvo por las cuestiones del dinero –dije sacando el humo del cigarrillo, recorrió el lugar con la mirada, mirando todo lo que había en el sitio.

Me observó con detenimiento y cuando la miré, sonrió y se sonrojó un poco, tuve que acercarme y tomó una de mis rastas entre sus dedos, jugó con las pequeñas decoraciones de madera que eran parte de uno de los collares de mi madre. Cerró levemente los ojos al notar ese suave olor a coco, era perfecta. La tomé por la barbilla y alcé su rostro para besarla con calma. Pese a tener el efecto de la marihuana en mi sistema, tenía la capacidad de sentirme nervioso al tenerla cerca, me envolvió con sus brazos y, por un momento, consiguió hacerme sentir bien, completo, unido.

–Supongo que eso es mejor que hablar de videojuegos –susurró y sonreí sin alejarme.

–Hacía mucho que no estábamos en este lugar –dije observando la ciudad y saliendo de mis recuerdos, mirarla era realmente doloroso.

–Desde que hablamos de lo ocurrido –dijo con un hilo de voz y noté que me miraba fugazmente. Traté de controlarme, tenía que enfocarme y

terminar con todo.

–En un par de días van a continuar con la construcción de la torre –dije aclarando la garganta–. Dejará de ser nuestro lugar.

–¿Alguna vez de verdad lo fue? –me miró con insistencia y parecía que trataba de guardar cada detalle de mi rostro, la miré con detenimiento y su mirada me envolvió.

–Sí –dije con seguridad, sus ojos estaban poniéndose vidriosos y temí que se soltara a llorar, me acerqué y se quedó inmóvil, esperándome–, cada vez que como un chocolate te recuerdo, simplemente porque odias ese sabor. Ese día que embarraste helado de chocolate en mi rostro y pese a eso, me besaste.

Soltó un quejido extraño y cerró los ojos.

–Yo... –me acerqué un poco más y pasó levemente la mano por mi cabello que apenas se encontraba creciendo– ¿Por qué las cortaste?

Alcé los hombros, tratando de no delatarme con la mirada.

–El verdadero significado que tenían, no encajaba con lo que hice –me apresuré a decir y me miró con atención, deseaba decirle que eran el recuerdo de mi madre, que desde el día que murió no corté mi cabello. Que, llegado el momento, decidí tejer mis cabellos para encerrar su recuerdo, y que, yo también estaba encerrado ahí. Alguien con miedo, que tuvo que hacerle daño para sentirse mejor; transmitir por redes sociales ese momento tan especial fue algo vil y cruel. Me permitió navegar dentro de ella y dejé que un animal se apoderara de mí, que, pese a saber que ella quería detenerse, no lo hizo, que hizo caso a sus bajos instintos y tomó lo que creyó, le poseía.

–Silas...

–Te recuerdo tratando de jugar ese videojuego y el delicioso sabor del alcohol de tu boca –interrumpí sin más–. Las pláticas interminables en esas aburridas fiestas y la manera en la que nos burlábamos de los demás sin que siquiera se enteraran.

–Por favor –dijo en tono suplicante.

Comenzó a llorar y sentí que iba a partirme el alma. Me reprendí de inmediato, tenía un objetivo y era momento de hacerlo.

–Te rompí, lo sé –la miré con detenimiento y su mirada me envolvió–. Desde entonces no eres la misma, apagué una luz en tu interior y sé que no tengo perdón –limpié las lágrimas de sus mejillas con cuidado–. No hay

algo que pueda hacer para remediarlo, pero de verdad lo lamento mucho. Quiero volver, a ese punto en el que todo estaba bien, en el que te acercabas con la seguridad de que mis labios y mi cuerpo iban a corresponderte. Quiero volver al punto en el que, tus labios y tu cuerpo también me correspondían.

–Por favor –dijo suplicante y cerró los ojos.

Era el momento perfecto de hacerlo o nunca tendría otra oportunidad. Me acerqué y sentí el calor de sus labios contra los míos. Se movieron justo como la última vez, tímidos e inocentes, tomé su rostro entre mis manos y la suavidad de su cabello bailaba entre mis dedos. Me encontraba sediento, la necesitaba de verdad. Puso delicadamente una mano en mi pecho y dejé de besarla.

–Es como una bocanada de oxígeno –dije sin despegarme, volví a besarla y sentí que abría su boca para que pudiera meter mi lengua, me atreví hacerlo con calma y acaricié su boca con la perforación de mi lengua. Me detuve para mirarla fijamente–. No voy a mentirte, quiero que me perdones y volvamos a lo que sea que teníamos. Te necesito de verdad, tu persona, todo –alcé los hombros y sonreí, su mirada me dejó sin aliento.

–Pero...

–Sólo piénsalo –dije antes de alejarme con un mar de pensamientos en mi interior.

¿Qué hice?

Solamente debía disculparme, esperar un tiempo y tal vez, ser amigos. Idiota, idiota. Me detuve de inmediato al notar que Joan estaba de pie en la entrada de la torre, se acercó amenazante con una expresión de desesperación, me tomó por la playera y me puso contra el muro.

–No vuelvas a acercarte a ella –dijo con furia.

–Tenía que disculparme –dije con dificultades y resopló–. Sé lo que se siente estar enamorado de ella.

–Cállate –dijo y me soltó de inmediato.

–¿Desde cuándo? –dije y se giró molesto.

–No sé de qué hablas...

–Sí que lo sabes –dije con seguridad y me miró con expresión de sorpresa–. Los días con ella pasan rápido, no importa cuánto lo intentes,

no puedes sacarla de tu cabeza, puedes beber, drogarte y ella siempre aparece en tu mente con esa tímida sonrisa, con esas palabras que te curan el alma, cada detalle de su vida la hacen perfectamente imperfecta y eso, que no sea perfecta, es lo que más te encanta de ella.

-Tú qué vas a...

-Lo sé a detalle, sé lo que es perderla y sé lo que es tratar de olvidarla.

Giró la mirada y apretó las mandíbulas.

-Es mi mejor amiga -susurró sin mirarme.

-Y pese a eso, la quieres con esa intensidad -me atreví a decirlo y mi boca comenzó a decir cosas que no creí decirle-, yo la cagué de verdad. No tengo perdón y no espero que me perdone. No cometas mis errores y dile lo que sientes. Tampoco te prometo que dejaré de hablarle, si un día me llega a necesitar, ahí estaré, pero tú tienes una ventaja que yo perdí desde hace mucho.

Miró la torre y me alejé sin decir nada más o esperar respuesta alguna. Ese último momento que compartí con ella iba a guardarlo bien, esperaba que mi madre tuviera la capacidad de mirarme, de notar que he tratado de enmendar mis errores y esperaba que un día pudiera sentirse orgullosa de mí, por lo mientras, tenía que aprender a vivir con la culpa que me carcomía el alma poco a poco. Estaría aquí, esperando por si un día decidía regresar, aceptaría lo que quisiera brindarme, aunque eso no me hiciera feliz. Su recuerdo y perdón, serían mis mayores regalos.